Abel Posse

El eclipse argentino

De la enfermedad colectiva al renacimiento

emecé
argentina

ECLIPSE: *Ocultación transitoria, parcial o total, de un astro al interponerse otro.* Sinónimo: *oscurecimiento, decadencia, ocaso.*

Índice

PARTE I: CRÓNICA DEL ECLIPSE 11
El eclipse argentino 13
Nuestro Ser y nuestra Nada 23
Nosotros y el nuevo siglo 34
Crónica urbana del fin de siglo 39
La tarde del gran fracaso del economicismo liberal 43
Gloria y miseria metafísica del Supremo Alquimista 49
Crónica desde una desopilante Argentina 54
Una jornada muy participativa 59
Stalin y los misterios del peronismo 64
Nuestra democracia boba e insufrible 70
9 de julio de 2002 (el cruce del desierto) 74
Crónica de Buenos Aires en su mala hora 79
Eva Perón: mito, mística, política 84
La alegre e irresponsable audiovisualidad argentina 92
El imprescindible empresariado nacional 96
Las Malvinas y la enfermedad argentina 100
Recuerdo de aquel otro Buenos Aires (otoño de 1950) 103
Lugones, De la Torre, Favaloro y los sonoros enanos 109

Los porteños y esos héroes que asesinan antes de averiguar bien... 112
Crónica del triste ocaso del tigre 116
El largo año del presidente Duhalde 121
El solar de los años vivos. Colegio Nacional de Buenos Aires 127

PARTE II: HACER PARA SER 131
Misión de la izquierda 133
Exiliarnos de esto, de nosotros mismos y renacer 139
El ángel exterminador 144
Nuestra ilusoria constitucionalidad 148
Electrofascismo y posmercantilismo 155
La temida implosión espiritual 160
La estrategia continental de Estados Unidos 166
Memoria imperial 174
Nosotros y Brasil 178
Ovidio canta la guerra en Irak 184
Metapolítica: El caso Chávez 189
La matriz del poder. El atentado perverso contra pueblos y soberanías 194
Aquel Quijote de boina militar 201
Argentina, Garzón y la mujer de Lot 205
Hacer o no ser 211

Agradecimiento 223

Parte I

CRÓNICA DEL ECLIPSE

El eclipse argentino

El sociólogo brasileño Helio Jaguaribe afirmó, famosamente, que "Argentina es un país inexorablemente condenado al éxito". Este sentimiento, que los argentinos íntimamente compartimos, es fácil fuente de recurrentes desilusiones. Parecemos ciclotímicos irreductibles: en el 96 le recomendamos a Brasil "lo que debe hacer para salvarse"; en el 99 ya éramos el país en quiebra que alarma a propios y extraños. Cada seis o siete años se vuelve a formar la triste cola de jóvenes argentinos escépticos ante los consulados de sus ancestros.

Es una carga muy dura haber sabido que se estuvo en el puesto de primer país de Iberoamérica (y financieramente entre los más sólidos del mundo) y que no se acierte, setenta años después, a dar con un camino de prosperidad más o menos permanente. Estabilidad es sinónimo de seguridad comunitaria y de progreso. Vivimos en democracia política, pero en la inquietud económica de todos los estamentos de la sociedad.

Además, nuestra democracia es parcial. Esto forma parte de una peligrosa patología nacional: hemos apoyado los

alzamientos militares —incluso contra Illia, o el de 1976— e inmediatamente hemos reclamado "salidas democráticas". A los gobiernos democráticos que hemos elegido, como ahora, les exigimos caudillismo. No nos asusta que durante diez años se haya gobernado al margen de lo afirmado en el programa electoral o por decreto. El peronismo "a lo Facundo", de aquella campaña política de Menem, una vez en el poder inauguró un sorpresivo peronismo de mercado fuera de todo programa (eso sí, siempre en "democracia"). Y hubo la consecuente apertura indiscriminada a todos los capitales y fuerzas financieras. Pasados diez años de paroxismo desregulador, no sirvió para convencer al capital exterior argentino, al capital refugiado, a retornar para protagonizar nuestro desarrollo, con los capitales de nuestro ahorro exiliado (que algunos economistas calculan entre los 90.000 y los 120.000 millones de dólares). *Esto quiere decir que simplemente convencimos o hemos intentado convencer a los otros de nuestra seriedad y definitiva reorganización financiera, sin habernos convencido a nosotros mismos.* Es tragicómico: ¡nuestros economistas luchan por préstamos del exterior y los argentinos desconfían de prestarse a sí mismos!

Esto no es un problema exonómico y político; es un problema más grave. Aquí aparece lo cultural. Hemos perdido el sentido comunitario básico que nos llevó a construir una gran nación, luchando y abriéndonos camino en un mundo que nunca habíamos interpretado con ingenuidad. Prácticamente hemos ido pasando en estos años de la convicción de independencia a una sumisa y aceptada subcultura de dependencia. Anunciamos desde 1990 nuestra apertura total e indiscriminada. Fuimos los mejores alumnos del modelo global. Pero el que tocó la puerta para entrar fue el lobo...

Ahora, el Estado tendría que conducir la emergencia. No hay otro centro decisorio en nuestra endeble democracia. Hemos recurrido al partido nacional sobreviviente, pero el Estado, la barca del Estado está varada, hace agua.

Tenemos que comprender que nuestros errores son básicos. No podemos esperar éxitos mientras nos neguemos a reflexionar sobre las equivocaciones fundamentales. Tenemos una actitud errada ante la realidad del mundo y hoy sentimos que las paredes se nos vienen encima. Nuestra fuerza económica ya no puede superar un endeudamiento perverso. Seguir endeudándose sin que arranque la maquinaria productiva es simplemente prolongar la agonía y la correspondiente e inexorable decisión. (O habría que endeudarse mucho más, pero con plan, dirección, coraje y una inusitada fuerza de comando estatal, para que la deuda se transforme en motor de arranque de una economía estancada, pasando de la agonía a la creatividad. Esto requeriría extraordinario valor y gran poder de administración, que hoy no tenemos).

Pero hemos perdido conciencia y uso del Estado como motor de esa voluntad nacional. Es sólo a través del Estado que se expresa la voluntad democrática del *demos*. Los argentinos venimos olvidando que es a través del Estado, de la Organización Nacional, que nos inventamos como Nación. Y fue desde el fortísimo Estado de Mitre, Roca, Sarmiento y Pellegrini, que nos creamos una etnia, el pueblo de mestizaje e inmigración que nos pareció adecuado.

El mal uso de un Estado prepotente, adiposo, prolijamente molesto y espesamente burocrático, no debe confundirse con la necesidad imprescindible del Estado en un país en formación (y para corregir la actual deformación del mis-

mo Estado). Incluso ahora que se habla tanto de ética y de corrupción, hay que decir que en la Argentina sólo puede haber moral desde una obligación patriótica, desde una dimensión superior, espiritual de Patria. Sin valores religiosos y patrióticos, ¿a dónde se pretende asentar una dimensión étnica?

"El fundamento de la Nación radica en la conciencia de una misión común, recuerdo de gestas, de desventuras y de glorias que nos remontan a generaciones anteriores y que sobreviven en la presente y se proyectan en las futuras. La Nación es una proyección psicológica, un plebiscito de todos los días" (Giorgio del Vecchio).

En naciones jóvenes, en formación, como Estados Unidos, Brasil y Argentina, es desde la voluntad del Estado que se consolida la Nación. A diferencia de las comunidades con una larga cultura que, a veces desde su fuerte cohesión nacional, hasta crearon varias formas de Estado a lo largo de su historia. Tal el caso de Alemania o Italia, naciones de larga cultura que erigieron en el siglo XIX sus modernas formas de Estado.

Estamos en el centro del eclipse. Pero como vaticina nuestro amigo brasileño, como todo eclipse, será temporal.

Hoy, el Estado tiene que ser el instrumento de todos ante temas gravísimos: los pagos de la deuda externa, el cierre hipócrita de los ricos mercados del Norte, las exigencias del Mercosur, la despatrimonialización nacional, el exilio cobarde de nuestros capitales y ahorros, la impía desocupación, el abandono y la desprotección de nuestro empresariado y de las pequeñas empresas en un juego financiero implacable, etcétera.

Ante esta simple enumeración de hechos, carecen de

sentido los bizantinismos, las moralinas y las insoportables ambiciones de los políticos rutinarios.

Al eclipse hay que responder con la movilización de todos los sectores de la Nación y el Estado tiene que concentrar valientemente las vías de salida. Hemos vivido desde 1990 la demolición del instrumento imprescindible. La Casa de Todos.

Se cerró, por fin, todo un ciclo de vida argentina. A la vuelta de la década nos encontramos disputando con Nigeria el puesto de país menos confiable de la Tierra (según los torpes parámetros del sistema usurario mundial).

Hemos sufrido la callada caída de nuestras ilusorias torres gemelas: la del economicismo que terminó en ese *default* o quiebra, apenas disimulado; y la consecuente quiebra política. Los políticos se quedaron solos en el salón de baile. Jactándose de sus heroicas minorías. Cundió una malsana anarquía con sonido de cacerolas golpeadas. Duhalde salvó al gremio con su tozuda discreción.

Pero somos un pueblo de extrañas reacciones. Los hechos demuestran que no hemos podido soportar el mercantilismo globalizado, donde todo se compra y todo se vende y donde impera una realidad asimétrica y amoral en el juego de los mercados. Tampoco hemos soportado una democracia boba, que excluye la participación popular y se "entrega sin luchar" a un sistema mundial que siguen llamando "Occidente" por una mala costumbre, pues está dominado por la avidez anglosajona (WASP), en franca expansión hegemónica y militarista después de Irak.

Para nosotros, los argentinos, la famosa *globalización* terminó. Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, escribió claramente: "La caída de Argentina es al neo-

liberalismo lo que la caída del muro de Berlín fue al socialismo estatal: la evidencia del descrédito, la constatación del fracaso".

¿Nuestra aparente incapacidad no ocultaba el rechazo de una forma de vida esencialmente perversa? ¿No habrá sido una reacción de salud moral el no haber sabido permanecer en el corral del economicismo globalizante?

Ya no es tiempo de lamentos, insistencias y denuncias de culpables. El drama exige soluciones y renacimiento de la voluntad ejecutiva de la Nación.

Sólo el pueblo puede salvarse a sí mismo (como dijo Perón, y nosotros lo comprobamos a lo largo del interminable 2002). El pueblo que es la Argentina, que sufre esta catástrofe hasta el borde del hambre y de la pérdida de esperanza, es la fuerza que deberá barrer con la corporación de la mala política y con los residuos de una política economicista que pasó de la estúpida jactancia "primermundista" a la inconfesada quiebra internacional y nacional de hoy. Es este pueblo el que deberá impedir que el nuevo gobierno quede atado a la repetición.

El peronismo —hoy mayoritario— está dividido entre la corporación política y el electorado que doctrinariamente traicionó. No se trata de propiciar nuevas formas de anarquía, pero es la *hora de la democracia*. De la expresión del pueblo argentino en todas sus clases y situaciones para expresarse en una gran mayoría que condicione a los políticos a su verdadera calidad de mandatarios y no de traidores de la voluntad nacional.

Urgía un golpe de democracia. Una inundación de mayorías postergadas. Una expresión cabal de esos millones de argentinos que han sido tercermundizados según el esque-

ma imperial de la "globalización" y el "Consenso de Washington", aplicado por los cipayos de turno.

Los políticos, los pobres dirigentes peronistas del peronismo de mercado y del desyrigoyenizado radicalismo tienen que someterse con espíritu de servicio a la mayoría popular y nacional de la cual nacieron. El "enjuague" de las alianzas con la bendición de los intereses exteriores ya no tiene sentido. Tenemos que salir de la "conducta bananera" y volver a ser el país firme y orgulloso que hemos sido. Un país soberano.

El país reaccionó con inesperada salud: del "que se vayan todos" pasó a votar masivamente (récord histórico) y a elegir, *por acción y por rechazo*, al presidente Kirchner, que asume con el respaldo masivo de una Argentina perpleja y desesperada. Kirchner surgió casi del anonimato no porque tuviese cualidades ineludibles de valorar, sino por la voluntad de ese pueblo que sabiamente, a través de su elección, se niega a la anarquía y a la *repetición*. Su poder es *poder arrogado*, entregado por el pueblo en gesto de desesperación y esperanza.

Hay mucho dolor en el pueblo argentino. Nos llevaron a traicionar o descreer de nuestra vocación de felicidad, de fuerza vital, de dignidad internacional (Roca-Yrigoyen-Perón). Hoy no basta conformarse: hay que superar la visión chata, mercantil y materialista de la vida individual y colectiva de la Argentina que nos dejan. Propiciar un sentimiento poético y espiritual de la Patria. De amor y cuidado de la naturaleza. De proyección solidaria y religiosa de la existencia. Pensar más allá de la ramplona didáctica de "lo posible" y ponerse en el umbral del imposible.

O Argentina aprovecha esta crisis (que es más que na-

da espiritual y moral) o de nada valdrá que sobreviva en otra chatura que la llevará a renovados desastres.

Por escepticismo, por creer poco en lo grande y permanente, estamos como estamos. El escepticismo de los mediocres nos fue destruyendo. Primero nos convirtió en un país dividido y aburrido, de dóciles que ya no creían en la posibilidad de ser con pleno derecho, malos políticos y economistas nos anotaron en la tercera división del mundo. Eran los ratones asustados de la "grandeza" de los otros, que se manejaron entre *lo posible* y el *no podemos*. Se manejaron, nos manejaron, como si no fuésemos uno de los grandes países de Iberoamérica y del mundo. No creyeron ni respetaron nuestras riquezas. (Pero internacionalmente se sabe cuál es el potencial humano y material de la Argentina, al punto que nos toman como el millonario lelo que se muere de hambre en su palacio por no saber encontrar la llave de la famosa despensa).

Sin sueños de grandeza, sin conciencia de nuestro pasado admirable, sin ambiciones de riqueza y de lujo, sin voluntad de poder y de gran justicia, *no hay Nación*. Ser es convencimiento y seguridad, es arrogancia. Ser Nación es despreciar el estado vegetativo.

Ahora llegó la hora de mostrar la fibra profunda: *la voluntad de ser*.

No puede haber renacimiento argentino, ni refundación argentina, sin una política sancionada por una aplastante mayoría nacional. Sólo el pueblo, los sindicatos, las fuerzas vivas y creativas, la juventud sin ubicación y los desocupados podrán superar nuestra situación a través de esa decisiva expresión popular, democrática, que arrincone a los políticos de la transacción y del descreimiento a una expresión del pasado, como pasó a partir del 17 de octubre de 1945, o con la mayoría de Chávez en Venezuela, o con la política italiana después del proceso de *mani pulite*. El 17 de octu-

bre fue un movimiento de expresión popular masiva, callada. No hubo muertos ni desmanes. Pero fue como la reacción biológica de un pueblo que encuentra por fin una luz de salida.

Kirchner venció en las elecciones con una mayoría compuesta por sus electores y por otra mitad de votantes: los que hubieron expresado unánime repudio al antijusticialismo de mercado y corrupción. Pero tendrá que sentar las bases para una transformación emocional de un pueblo que espera el salto y no una caminata ni una "normalidad" municipal.

La emergencia es aquí y ahora y el *demos*, que acaba de expresarle a los políticos el concepto que le merecen, tiene que ser *actor y protagonista* primordial: empresariado, sindicatos, Iglesia, Fuerzas Armadas. Ya no se puede manejar la realidad sin la coparticipación en un proyecto nacional de salida. ¿Qué estabilidad social podría haber si los sindicalistas no están en la creación del proyecto? ¿Qué arranque productivo podría haber sin los empresarios? ¿Qué defensa ante el militarismo y el irracionalismo internacional, sin Fuerzas Armadas y un plan estratégico continental?

Por una desviación hipócrita y antinacional, las Fuerzas Armadas en Argentina parecen expulsadas de esa Historia (de la que no están expulsados los terroristas neorrepublicanos de hoy). Castigar y excluir a los torturadores nada tiene que ver con las Fuerzas Armadas que están, históricamente, en el centro de la organización argentina, y que son la base, con las de Mercosur, de nuestro imprescindible poder disuasivo continental.

Hoy hay que reorganizar la política de fronteras, la presencia naval, la estrategia continental con Brasil y Sudamérica y, entre otros detalles, estar preparados para mantener el Orden Público en un país que está cada vez más cerca de la implosión que de la estabilidad social.

¿Habrán llegado a las costas rocosas de Santa Cruz los millones de botellas al mar con el mensaje de angustia íntima de tantos millones de argentinos?

El presidente de la Nación y un eventual Consejo de Emergencia nacional deberán entonces enfrentar:

—La reconstrucción del poder del Estado para operar con coactividad y energía en la situación de crisis, especialmente para garantizar el Orden Público.

—Crear la movilización y reactivación económica con la producción nacional y el consumo alentado por la creación de los medios de pago que sean necesarios para garantizar la educación, la salud, la alimentación, la seguridad y el esparcimiento de los millones de excluidos.

—Crear un proyecto económico viable en lo nacional, en la esfera del Mercosur y de Sudamérica y en el plano internacional. Un proyecto grande y realizable significará realmente acabar con la agonía del actual ciclo economicista. Un buen proyecto será el origen de una nueva relación con el mundo exterior, con Brasil y con eventuales inversores. Mercosur es la clave única de nuestro destino económico, político, cultural. Es nuestro "destino manifiesto" de crecimiento y posibilidad.

—Sólo en relación con el antes descrito *proyecto económico* se podrá renegociar nuestra deuda con el fin de someterla a la realidad de nuestras posibilidades, de bienestar y desarrollo.

(Temas estos que ampliaremos en la segunda parte).

Hemos saltado fuera del mundo. Ahora necesitamos *armonizarnos*. Vivir la Patria como acto de fe.